

EN ESTA LADERA DE ALDEATEJADA

Los que mantenemos la costumbre de hacer los deberes en la camilla de la cocina, cubierta con el hule de España y sus Regiones, tenemos la suerte de que el subconsciente, que es lo único que funciona después de los postres, se dedique a pasar lista de los amigos regados por el país por este oficio nuestro de gloriosos hojalateros.

Pues te digo, y ello es, que ayer, sin ir más lejos, después de comer, me lié a colocar migas (no hay cosa que más me joda en los restaurantes de postín que ver venir al tío con el cogedor y la escobilla de los cojones a barrer delante de mis hocicos ese pasaje palHomérico que empapa con paciencia y tenacidad el último trago de vino) en la Costa Brava, y hasta cincuenta puse de barrera para que el mar no se llevara nunca los recuerdos que nos atan a la tierra y a la gente nuestra.

Así es que llevo unos días con un catarro agarrado al pecho y Pilar empeñada en enfusarme pastillas y yo que no y ella que luego no te quejes y mira que sabe que a la mínima que tomo algún enjuago de esos tengo a Manuel una semana de capa caída y ella también lo sufre, como es natural. Pero aquel que sepa de la modorrez de las charras puede colegir que acabé por tomarme un Augmentine, que, a mayores de causarme los estragos inferiores que ya dije, me hace soñar bobás.

No soy capaz de acordarme de todo pero aún veo que las cincuenta migas fueron cerrando un círculo vicioso, formando como un dolmen, dentro del cual estaba Juan Hito con sus dos apellidos un poco menos hitos y algo más bajhitos: una especie de animal neutro, medio hermafrodítico, entre el pez y la pez, como un sireno moreno, escamoso y pegadizo que atraía y sujetaba a los que lograban entrar en el círculo microlítico; y un viejo, enterrado hasta el ombligo, que limpiaba sus gafas con parsimonia mientras hablaba con serena sensatez de cosas entrañables, al humero de un ducados prendido de la comisura, y otros dos, pinzados uno en cada oreja y mil cartones del mismo privilegio apilados a su lado, mecidos como una cometa sin cabeza.

No sé qué coños puede significar todo ese malgaste onírico pero se lo mando a Ramón porque me lo ha pedido para el cumpleaños bíblico de Juan López-Carrillo, porque vaya cayendo en la cuenta de que las XX vuelan y la L te la pone la Vida, como si te acabaran de dar el carné, para empezar el segundo tramo con cautela.

Que no es para que te comas el tarro como en el de «...la tortilla mató a la Pardilla, La Pardilla mató a tres, tres mataron a siete, tiré a lo que vi, maté lo que no vi y comí carne que nunca fué nacida que con palabras de Santo fué cocida.»

Y el Rey sacó al padre del muchacho de la mazmorra y al muchacho lo nombró Visir. Es para que des cuenta de que, a partir de los cincuenta, la vida es, aún más, si cabe, un sueño, y que en esta ladera de Aldeatejada sigues teniendo una cama y una almohada, un horno de adobe y todas las estrellas, Juan.

¡Larga vida, amigo!